

Elegia

A Ernesto Renán, en el paraíso, y á una amiga en Montmartre.

Yo vine al mundo, Amada mía, en tu ciudad deslumbradora, mas conocí una infancia triste bajo estrellas distintas, en un raro y lejano país. Se fundían allí todas las razas, como oscuros metales de una estatua, para el universal anhelo de algo nuevo. A mi cuna vinieron a arrullarme con sus cantos soñolientos mujeres de luto; y eran los cantos guturales de las agrestes y cálidas noches en su nativo Senegal. Pálidas otras, temerosas como si esclavas fueran todavía, suspiraban la queja del oprimido, el yaraví. Pero mujeres blancas como tú, Bien Amada, me hablaron de las hadas que vinieron de lejos, a bendecirme, por el sendero del mar.

Después, cuando con ojos candorosos me formaba del mundo una visión espléndida y falaz, aquéllas me dijeron las historias de los bárbaros reyes que asesinaban a las siete mujeres. A cuentos arios mezclaban la tristeza de sus hogares despojados por mis abuelos implacables. Y en esa resignación aprendí a no resignarme y ese coro decrepito de vencidas en la tragedia peruana, me infundió el funesto y vano orgullo del mayorazgo.

Llegaron, bruñidos e invencibles, a mis riberas, en tiempos casi fabulosos, ginetes que cazaban a los hombres por deporte y violaban a las mujeres sin amor. El relincho de sus caballos estremecía como un áspero són de Olimpo griego; y eran dioses en realidad, dioses de hartazgo, de lujuria, de vino, que a su imagen y semejanza formaron mi alma bárbara. "O encuentro camino o me lo abro", es la divisa del viejo blasón de mi solar. Más de la hamaca en donde vivo preparando *montoneras* que sólo ocurren en mi sueño, nunca gobierno mi utopía con la magnífica dureza de mi lejano abuelo corregidor.

Porque es irónico el destino de toda victoria en este mundo y en la apatía de mis horas peores resucita el lamento de alguna abuela inconsolable. Aquellos dioses libertinos aprendieron de la raza vencida, la piedad, el dón de lágrimas, la desmayada dulzura del perdón. ¡Quién sabe cuantas gotas de sangre indígena en mi sangre! Todos tenemos "manos de marqués" como el poeta, sin confesarnos descendientes de mujeres cautivas que impusieron al amo la poesía de su vencimiento. Sólo por este hervor de sangre mixta, pudimos devolver a la recia lengua su dulzura perdida, volver a Manrique y su impar concierto, cuando solemnes castellanos querían conservarla sin mudanza como una capellanía de otros siglos. El enfático idioma resonante conmenzó a reverberar dulcemente en la noche selvática y marina. Toda sombra nemorosa floreció de cocuyos, toda cima de turpial era canto. Y fué así, Bien Amada, como inventamos un calofrío nuevo.....

Era después de haber venido por tan largos caminos, a través del mar amargo. ¡Cuántos éxodos, cuántos fracasos sentimentales representa la voz que acierta en Silva o en *María!* Por muchos años nuestro acento despertaba sonrisas. Un hombre vino a España de mi Lima, a convertir los yermos en jardines y lo persiguieron por ser amigo de Voltaire. Algo más tarde, en la misma tierra del abuelo español, una nueva Inquisición nos condenaba. Toda voz joven y audaz parecía sacrílega. Una Santa Hermandad de hombres de luto vigilaba la lengua; severos alguaciles del buen decir iban en pos de los convictos con su irrisoria espada de gramáticos. Y como tantos empecinados circundaban el cadáver del diccionario, imaginamos que en muy cercana hora no llegaríamos a entender su acento rancio, como hoy ocurre cuando hablamos con esos extraños castellanos de Salónica o de Estambul, esos judíos que lamentan, en fabla heterodoxa, la dulzura de una España obsoleta.....

Entonces venimos a buscar, Amada mía, en la fiesta perenne de tu raza, un refrigerio para nuestra inquietud de aventureros. Y yo traje también mi incienso cándido, la aromática mirra de mi juventud, con el asombro de la romería. En tu ciudad deslumbradora he sido el mago moreno y tributario, el "peregrino pálido" del verso que cena langostinos mientras la compañera escribe en el espejo, con el diamante de la sortija, un nombre más. En horas cenicientas o tan alegres cuando el champaña hierve y canta, París y tu imagen se confunden. No sé si fué la ciudad loca la que adoré en sus rasgos o si ella es sólo un orna-

mento de tu inmortal frivolidad. Todos sus barrios son jalones de mi itinerario sentimental y todos sus jardines me conocen. Bajo esa alameda del Luxemburgo me confesé a media voz; en el Jardín de Plantas, frente a las águilas desterradas de mi cielo, me dijo su corazón una mujer amada y olvidada: y aquellas altas galerías de Notre-Dame—¡Dios me perdone!—fueron fresca cita para un cálido amor! ¡Oh festines de besos, oh fiestas rubias, caudal intacto de una juventud que dilapida cada mañana su ventura! En la madurez entumecida una bandada de alegrías se levanta súbitamente palpitando con un rumor de golondrinas que se van juntas y el disperso recuerdo me atormenta como el de la juventud que ya no vuelve.

Pero nó, basta de lágrimas; te prometo enmendarme, Bien Amada. Olvidaré en mi flauta rústica todas las notas del yaraví. A ejemplo de tus parques civilizados que obedecen a una oculta geometría, quiero mondar cada mañana el alma bárbara. Me despojaré como un paisaje de Versalles en noviembre, abandonando la hojarasca de mi sensibilidad romántica. Merced a tí conozco ya las exquisitas mentiras y las *calinas* frases que son, en la comedia del sentimiento, más verdaderas que el amor. En tu gracia burlona y ponderada he aprendido el sutil arte de no entregarme nunca. Tú me apartaste para siempre del florido rito de Margarita y el provincial arrullo de Julieta. Acaso un cielo de París delicadamente gris y rosa, acaso tu ironía, mitigaron mi natural hipérbole. Bajo estelares noches tristes junto al Sena o adivinando una sonrisa tuya en la penumbra, puse en olvido las pasiones "eternas", para solo buscar la gracia efímera y venial de un amor que tiene reglas como el *bridge*. Te imitaré, te seguiré hasta adquirir lo que no tengo: la alegría invicta de los selectos genios de tu raza. Esas inquietudes que hacían delirar a Pascal y nos envejecen, se alejarán como falenas de mis sienes cuando tus manos amparen mi cabeza. Tú me enseñarás a coger la flor del mundo, aljofarada, sin deshojarla nunca con mis polvorientos dedos de profesor. Ya sólo quiero, como tú, leer novelas que no fatiguen los ojos ni el espíritu. Delicada artífice de labores exquisitamente inútiles—encaje, caricia o ramillete—tu ahuyentarás mi jansenismo que mide toda felicidad por lo que dura y la desecha gimiendo.

¡Ay! ¡Son propósitos tan breves como la primavera de París! Vanamente pretendí libertarme de aquella tiranía de la sangre, vanamente por tu Versalles que parece, cuando el otoño lo transfigura, el Eldorado vivo de mis abuelos, yo también fuí a sor-

prender la cita del silvano. Busca en los troncos mi inicial; en alguno de sus laberintos quedan huellas de un ramillete mío. Pero, en los bordes de un jarrón de mármol, aquellos adolescentes esculpidos que se inclinan para mirar en el fondo el polvo de hojas muertas, son el emblema intolerable de mi juventud que leyó a Becquer.

Compadéceme, pues, Amada mía, si no puedo ser tuyo únicamente; perdóname ¡oh Jubilante! si se marchita en la vigilia mi corona. Hay tántas cosas que me separan de tí, porque son enteramente americanas: paisajes, perfumes, melancolías. Toda la historia de mi infancia trasciende a la opulenta flor del chirimoyo que llevaban las limeñas en sus vestidos coloniales; no queremos probar la miel de Grecia porque nos dió el camuati su más suave delicia; y la calandria nos impide escuchar al ruiseñor. Pero hay sobretodo, Amada mía, tristezas que son únicas. Por los caminos de mis serranías he escuchado cantos quechuas con ninguna de tus óperas comparable. Su desolada cantilena me oprime el pecho hoy mismo; y a través de los siglos, los mejores ingenios de mi estirpe se quejan también con ese acento de alegría desesperada: "Gozad porque el bien se acaba" dicen un indio genial: Rubén Darío y el rey Netzahualcoyotl.

Soy de la raza violenta y buena que todavía mata por cariño. No supe nunca desprenderme de esa túnica ensangrentada que es la pasión en la turbadora alegoría del mito. ¡Oh Amada mía! el amor es más dulce en mis comarcas y más arrebatada la cólera. Durante un siglo hemos escrito, como decía el Doctor Iluminado, "con pluma de amor, tinta de lágrimas y papel de pasión". Porque somos apasionados, somos jóvenes. En nuestras selvas,—catedrales vivientes y más altas,—un Dios o un Numen habitan, que son pródigamente niños como nosotros. En mi país, Beatrices y Julietas mantienen el dulce raptó, la suave humildad acojorada que yo ví en las Anunciaciones de tus museos. No sabes qué dulzura tienen nuestras mujeres para los diálogos de las noches de luna, no sabes qué arte ingenuo de languidez para el diminutivo y el arrullo. La luna misma conserva allí su cándido prestigio. Cuando despunta delicadamente como una aurora para novias enfermas, un murmullo de suspiros se levanta de cada balcón de Salambó. Sus poetas no son los funcionarios de tus ciudades cenicientas que ganan dinero con sus versos. Vagabundos, condotieros o mendigos, en su esclavina quedan reflejos de púrpura. Entre un ciprés y un mausoleo

se les ha visto por la noche evocar en versos de letal delicia a la amiga perdida; y otras veces, más allá, gobernaron provincias arrebatadamente, como ese emperador que llevando en la mano rienda y lira sentía subir hasta las cuerdas el desbocado afán de su cuadriga..... Mis abuelos fundieron alguna vez tipos de imprenta para fabricar balas con ellos y de un cañón inválido, salió el bronce de la campana del convento. Yo presencié la guerra civil cuando era niño: en mis sentidos ha quedado su olor de pólvora y de sangre. Pero también en mis noches solitarias se levanta la imágen de una ciudad remota, polvorienta y casi muerta donde las horas caen con sonido ritual sobre plazas lunáticas y por las calles dormidas que atraviesan los gatos como trasgos de una edad medrosa, la sombra de las "ventanas de reja" está encendida de amor.

Y como esta noche de júbilo en Montmartre queda lejana de mis noches lunares, como en la amena fiesta adiviné la tiranía de mis atavismos, he sentido bruscamente, Amada mía,—mientras es fácil la risa y dulce el vino—la flaqueza imperiosa de murmurarte que siglos y páramos y mares dividen nuestras almas enlazadas en este abrazo triste, porque viví mi infancia bajo estrellas distintas, en un raro y lejano país.....

VENTURA GARCIA CALDERON.